

La moneda sin moneda

JOSE ANTONIO ABELLA

HACE un par de semanas, violentada la puerta de la Casa de la Moneda y franqueado el paso a gentes de muy diversa catadura y condición, entre los que no faltaban intrépidos chiquillos en busca de aventuras y peligros, tuve el penoso placer de penetrar por primera vez en el Real Ingenio que Felipe II, allá por el año 1583, mandara construir a su arquitecto favorito, el mismo que un año después finalizaría las obras de El Escorial.

Pues bien, ejerciendo de curioso como ha quedado dicho, pude comprobar cómo entre la racionalidad renacentista de Juan de Herrera y la irracionalidad —yo no sé si postdesarrollista, postmodernista, o simplemente póstuma— de nuestro fin de siglo, el monumento industrial más antiguo de España agoniza en ese limbo de los justos que es la impotencia de unos pocos y la incapacidad —que no es lo mismo— de aquellos que, teniendo el poder, no tienen la imaginación que ese poder necesita para transformar los buenos deseos en mejores realidades.

Traspasada la puerta, el espectáculo tenía toda la belleza desola-

dora de las escenografías románticas: hiedras trepando por las paredes en ruinas, grandes ejes dentados mostrando el óxido de sus caries entre un mar de ortigas, estancias habitadas por el olvido, techumbres derrumbadas y cauces subterráneos que, hundido a trechos el pavimento, dejaban entrever los reflejos metálicos y negros de un agua cuya voz amenazaba a los medrosos e invitaba a los suicidas.

Hoy, tapiada de nuevo la puerta del Real Ingenio, me consuela pensar que hay una asechanza menos para los chavales que descubren el gozo de la aventura y del peligro en el despertar de sus vidas. Pero no encuentro consuelo para el triste destino de tan magnífico lugar, para esa paradoja por la cual un edificio que tanta plata y oro acuñó no encuentre hoy níquel ni cobre que puedan salvarlo de la ruina.

«Cuando el dinero es el único problema —decía un amigo mío—, es que no hay ningún problema». Ya se darán ustedes cuenta de que o bien mi amigo vivía en las nubes o era dueño de una inmensa fortuna, o lo que poseía, tal vez, era la extraña convicción de que la mayor pobreza no nace de la falta de dinero, sino de

la carencia de ideas.

Si estamos acostumbrados a que las inversiones en Cultura parezcan tan ruinosas como la Casa de la Moneda en su estado actual, acaso sea porque a nadie le preocupa seriamente rentabilizar en términos económicos dichas inversiones. En el caso de Segovia, parece evidente que una de sus principales fuentes de riqueza, una de las pocas, es precisamente su carácter de ciudad histórica y monumental. En alguna parte hemos escrito que el futuro de esta ciudad depende precisamente de la conservación de su pasado. Sin embargo, una gran parte de su patrimonio artístico permanece tan oculto y apartado del mundo como las monjas de clausura —el ejemplo de sus museos cerrados es bien patente—, o en trance de desaparición como es el caso que nos ocupa.

Ocurre que el patrimonio histórico-artístico suele estar gestionado por los poderes públicos y los poderes públicos (a qué nos vamos a engañar) tienen una extraña habilidad para hacer deficitarias a sus empresas... Que nadie piense que estoy abogando por la privatización de nuestro patrimonio: sólo estoy haciéndolo por una gestión profesional

de sus recursos. El primer principio de la economía de mercado es la relación directa entre la escasez de los recursos y el valor de los mismos: cuanto más escaso, más valioso. Y lo que a las ciudades de este fin de milenio les sobra son colmenas de cemento, automóviles, contaminación, túneles, viaductos e, incluso, aparcamientos subterráneos. La conservación de las pequeñas y tranquilas ciudades históricas, la rehabilitación y potenciación de sus recursos culturales, son sin duda sus mejores garantías de futuro y de prosperidad económica. Y esto sin olvidar que los dividendos de tales inversiones se miden, además, en magnitudes más trascendentes que las de las acciones bursátiles.

No hay moneda para la Casa de la Moneda, vienen a decirnos. Sin acudir a mi ramalazo pacifista —un F18 de esos que se estrellan por la tontería de un fusible vale más que la total rehabilitación del dichoso Ingenio—, sin acudir, digo, a tópicos tan manidos, sólo haría falta mirar a nuestro alrededor y hacer un poquito de memoria. Para los pabellones autonómicos de la EXPO, por ejemplo, sí que hubo dinero. Y se vendieron por una peseta.